



(1860-1936)

**LA BIENAVENTURANZA DEL
BAUTISMO PENTECOSTAL**
por
Samuel Logan Brengle D. D.

LA BIENAVENTURANZA DEL BAUTISMO PENTECOSTAL

Samuel L. Brengle D. D.

"Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?" (Lucas 11:13).

"Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros" (Hechos 1:8).

El derramamiento del Espíritu Santo el día de Pentecostés fue el primer evento grande en la historia de nuestra religión, después de la ascensión de Jesús. Fue el gran cumplimiento de la profecía de Joel y la promesa de Jesús.

Joel, siglos antes, había profetizado: "Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas", es decir, hablarán por Dios; "vuestros viejos soñarán sueños" de un día venidero, mejor que ellos jamás conocieron "y vuestros jóvenes verán visiones" de un mundo redimido de pecado y conquistado para Cristo, por medio del servicio, sacrificio voluntario, sufrimiento paciente y la constancia admirable. "Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días" (Joel 2:28, 29).

Jesús mismo había prometido que si Él se fuera, mandaría otro Consolador o Ayudador, quien estaría con ellos para siempre. Antes de ascender a su Padre, Él ordenó a sus discípulos "que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí, porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días" (Hechos 1:4, 5).

En el día de Pentecostés vino el amplio cumplimiento. Todos fueron llenos del Espíritu Santo. Esta era la evidencia final y terminante que Jesús no había sido tragado y perdido en la nube que le había recibido y que le había quitado de la vista de sus ojos, sino que Él había llegado a su hogar en los cielos; que Él estaba sobre su trono, y que en su exaltación y triunfo no se había olvidado de ellos. Ellos todavía permanecían en su pensamiento y en su amor; Él todavía confiaba en ellos, y les proveía el poder para hacer su obra y llevar a cabo su propósito.

Ellos estaban regocijándose en gran manera. Su gozo rebosaba. Ellos brillaban y resplandecían. Sus corazones ardían y sus mentes estaban encendidas en una llama. Sus lenguas estaban sueltas, y estaban constreñidos a testificar. Juntos bajaron del Aposento Alto a la calle. Esto que ellos habían recibido, no era meramente otra bendición igual a las que siempre atendía la reunión de la iglesia. Era una bendición demasiado grande, demasiado buena y gloriosa para ser callada. Tenían que proclamarla al mundo y lo hicieron en la calle.

La ciudad de Jerusalén estaba llena de extranjeros de todas partes del mundo, venidos para la gran fiesta; y a estos extranjeros, en su propio lenguaje, les fueron anunciadas las gloriosas buenas nuevas. La populosa ciudad fue conmovida y mistificada. Había una muchedumbre de curiosos que se juntaron precipitadamente, y estaban. "confusos" y "atónitos". Se maravillaron mientras "cada uno les oía hablar en su propia lengua" (Hechos 2:6). En su sorpresa y perplejidad, exclamaron: "¿Qué quiere decir esto?" y ¡bien pudieron preguntarlo! Quería decir que Dios había venido para morar en el corazón del hombre, que todo el cielo ya les acuerpaba y estaba participando en una campaña evangelística para la salvación del mundo, una campaña que no cesaría hasta que toda la tierra fuese "llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar" (Habacuc 2:14).

"Mas otros burlándose, decían: "Están llenos de mosto." Y ciertamente estaban

embriagados con santo gozo y alegría, con amor y esperanza eterna.

Pedro dijo: “Esto es lo dicho por el profeta Joel”, y así era. Había venido el otro Consolador, y la dispensación nueva y gloriosa de la Iglesia fue inaugurada con un poderoso avivamiento. En su primera reunión, tres mil personas fueron convertidas; y cada avivamiento desde aquel día hasta ahora - ya sea local, en alguna iglesia pequeña o salón del Ejército de Salvación o sea de alcance mundial, como el avivamiento de Wesley, o el actual de Guillermo Booth - ha surgido de la presencia y de las actividades del Espíritu Santo a la medida que Él ha sido recibido en corazones confiados, y honrado por fe.

Hoy en día, todos los que aman a Jesús deben de buscar renovaciones frescas y muy abundantes del Espíritu Santo. Deben de estudiar lo que la Biblia dice acerca de Él y su persona. Como un viento o como un fuego que nos calienta, Él es una Persona que desea morar en nuestros corazones para consolarnos, instruirnos, fortalecernos, guiarnos y darnos la sabiduría celestial que nos prepara para rendirle un servicio santo y triunfante.

Si buscamos su presencia y nos rendimos a Él en oración secreta, Él hará que la Biblia nos sea un libro nuevo. El hará que la Biblia nos sea preciosa y que Dios el Padre nos sea una realidad constante. No andaremos en las tinieblas, sino que tendremos la luz de la vida. No seremos débiles delante del deber o de la tentación, sino fuertes “en el Señor y en el poder de su fuerza” (Efesios 6:10). Estaremos "dispuestos a toda buena obra" (Tito 3:1).

Yo propongo que mis lectores, como parte de su preparación, lean con oración, y estudien cuidadosamente lo que Jesús dice del Espíritu Santo, el Consolador, en Juan 14,15 y 16; que lean y vuelvan a leer el libro de los Hechos de los Apóstoles que en muchos aspectos podía ser llamado los Hechos del Espíritu Santo. Que la mediten con fe y oración. Dios tiene cosas mayores para nosotros y para todo su pueblo, que las que el mundo ha visto hasta hoy. Las podremos ver si tan solamente creemos en el Señor Jesucristo y permitimos que el Espíritu Santo nos guíe.

“Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.... y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:14,17).

El heredero tiene derecho de apropiarse y ocupar de los bienes de la herencia toda cosa necesaria para su bienestar y el desarrollo pleno de sus poderes y facultades.

El bautismo del Espíritu Santo no es dado a persona cualquiera. Jesús habló de Él como uno que “el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce” (Juan 14:17). Pone énfasis en el hecho de que no solamente no le reciben, sino no pueden recibirlo porque no le han visto, ni le han conocido. Él es dado solamente a los que pueden recibirlo, es decir, solo a los que le ven y le conocen. Si la persona ha cerrado los ojos a la luz o si ha cerrado su corazón contra la verdad, no puede recibirle. Tales personas son responsables por su depravación, porque son responsables por su propia ceguera. Los tales no pueden recibir al Espíritu Santo porque sus corazones no están preparados para recibirle. Voltearon las espaldas al único Salvador y a la verdad que sola podía prepararles para recibirle a Él.

El Espíritu Santo solamente es dado a aquellos que, aceptando a Cristo y siguiéndole, son preparados para recibirle. El bautismo Pentecostal es para el círculo íntimo. Es un derecho único de la familia. Es para los que por medio de la fe penetrante y obediente han llegado a ser hijos e hijas de Dios. Es parte de su herencia. Es la porción de las riquezas inmensurables heredadas en Cristo dada a ellos aquí en la tierra. La grandeza de esa herencia plena en el mundo celestial, ninguna lengua puede decir; tampoco ningún corazón puede concebir. El Pentecostés es las primicias que se disfrutaban anticipadamente. Es la parte de la herencia que, recibida y

administrada prudente y diligentemente, nos prepara para el galardón final y pleno. Pero si es descuidada o rechazada, nos constituirá pobres reprobados con parte entre los que lloran y crujen los dientes en las tinieblas de afuera.

1 . La bendición Pentecostal es para nuestra consolación mientras no hayamos llegado a nuestro hogar y mientras sólo tras un velo podamos contemplar al Padre. “No os dejaré huérfanos” aseguró Jesús: “Vendré a vosotros” (Juan 14:18). La venida del Consolador es también la venida de Jesús en el Espíritu. Donde esté el Espíritu; allí está Jesús. Cuando Él haya venido, ya no seremos más huérfanos, solitos e indefensos. Aunque invisible, Él está presente con nosotros, y nuestros corazones arden y somos consolados de una manera admirable. Para algunos de nosotros, este mundo sería un lugar desolado e inmensurablemente solitario si no fuera por la presencia del Consolador.

2. La bendición Pentecostal es para nuestra instrucción en las cosas de Dios. El Espíritu Santo es el Maestro excelso, secreto y silencioso que nos habla a oídos de nuestra alma, nos susurra en el silencio de la noche, nos instruye en las horas de la oración y comunión. Somos alumnos ignorantes y atrasados, que no hacen ningún adelanto seguro en la escuela de Cristo hasta que el Consolador venga. “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quién el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26). Cuando Él viene, Él despierta y vivifica nuestras mentes. Él abre bien los ojos cerrados y destapa los oídos tapados de nuestra alma. Y entonces vemos y oímos cosas que eran escondidas de nosotros. Él transforma nuestra vida interior y la pone en armonía con la voluntad de Dios revelada en la Biblia. Él hace que la Biblia tenga significado y que nosotros la entendamos. Él vivifica hasta nuestra memoria y nos ayuda a recordar mensajes predicados por los siervos del Señor. Cuando el Consolador está en nuestros corazones, podemos volver a la casa y contar lo que hemos oído en un culto.

3. La bendición Pentecostal es nuestra guía. Hay un camino que es eterno. "Guíame en el camino eterno", oró el Salmista (139:24). Hay solamente un camino que conduce al hogar celestial. El cielo está al final de ese camino. Hay muchos extravíos, atractivos y seductores, pero solamente hay un solo, camino verdadero. “Cuando venga el Espíritu de Verdad, él os guiará” dijo Jesús. “Os guiará a toda verdad” (Juan 16:13) - la verdad acerca de Dios, acerca de Jesús, su Hijo; acerca de la salvación y la santidad; acerca del pecado y sus consecuencias ciertas y eternas; acerca de la sangre derramada que salva del pecado; acerca del camino de la fe y la vida de obediencia; y acerca de la voluntad de Dios y el gozo puesto delante de nosotros. Nos enseña cuál es el camino de la cruz, del deber, del servicio humilde y fiel; el camino de amor, verdad, justicia y de la vida santa; el camino de paciencia, longanimidad y bondad. Nos comparte el espíritu de perdonar y dar sin pedir otra remuneración más que la gracia que da con mayor liberalidad, ama con mayor ternura, cree con mayor firmeza, sirve con mayor sabiduría, espera con mayor gozo, y nunca falta a la obligación.

4. La bendición Pentecostal imparte poder. “Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros”, dijo Jesús (Hechos 1:8). Somos por naturaleza débiles en “el hombre interior.” Caemos delante de la tentación. Desmayamos con desesperanza, desánimo o temor en la presencia de dificultades y peligros. Nos inflamamos con genio violento o pasión delante de la provocación. Nos hinchimos con ideas falsas de nuestra propia habilidad o importancia; o nos sentimos deprimidos al darnos cuenta de nuestra impotencia. Mas cuando viene el Consolador, Él nos da más fuerza en “el hombre interior.” Él nos humilla por medio de una revelación verdadera de nuestra debilidad, de nuestra ignorancia, de nuestra necedad e insuficiencia propia.

Él nos hace saber cuán grande es el anhelo de Dios de reforzarnos en cada punto donde estamos espiritualmente débiles. “Doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo”, escribió Pablo, “para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior” (Efesios 3:14,16). Cada día, cada hora y cada momento debemos de velar, orar y esperar confiadamente a que venga esta virtud del Espíritu a fortalecernos para poder trabajar, pelear, resistir, servir, sacrificar, sufrir, estar dispuestos a soportar y adelantarnos con gozo, sin desmayar y sin desánimo.

Antes del Pentecostés, Pedro no se conocía a sí mismo. Él era tan presuntuoso que reprendió a Jesús cuando Él dijo que tenía que morir en la cruz; tan segurísimo de sí mismo que se jactó que moriría con Jesús; sin embargo, era tan débil que negó a Jesús cuando una criada le señaló como uno de los discípulos; y al fin, cuando otros le reconocieron, “él comenzó a maldecir y a

jurar. No conozco a este hombre de quien habláis.” Pero unos pocos días después, cuando el Espíritu Santo había venido y le había fortalecido “en el hombre interior” valientemente él predicaba a Jesucristo delante de las multitudes en Jerusalén. Cuando él y Juan fueron azotados, amenazados y echados en la cárcel, ellos se gloriaron que fueron tenidos por dignos de sufrir y padecer afrenta por Jesús. Fueron consolados, instruidos, guiados y fortalecidos interiormente para atreverse a soportar y sufrir. Todo eso lograron por el bautismo Pentecostal.

“El bautismo del Espíritu Santo es dado para impartir poder para el servicio.” Así piensan y dicen muchas personas, y es muy cierto; ¡pero hace mucho más! Este bautismo, ciertamente, da nueva fuerza y poder al alma. Los hombres y las mujeres que son bautizados con el Espíritu Santo son “investidos de poder desde lo alto” (Lucas 24:49), y poseen una energía espiritual y eficiencia que no son de este mundo. Sus vidas y sus palabras se revisten de dinamismo y un poder admirable. Se lo imparte el Huésped invisible, la Presencia amorosa, santa y divina, que mora en ellos, y Él les prepara para el servicio del Señor. Pero el servicio no es todo el propósito del Espíritu. Lo que un hombre es, es de más importancia de lo que él hace. Bondad es mejor que grandeza. Es posible que un hombre haga grandes obras y haga para sí un gran nombre; y a pesar de todo, sea condenado al infierno; pero el buen hombre que ama a Dios y a su prójimo, aunque no sea conocido más allá de la calle en que él vive o de la fábrica en la cual trabaja o del lugar donde adora, él sí, está caminando al cielo, en donde él es bien conocido. Muchos que hoy son primeros, serán postreros; y muchos que son postreros, entonces serán primeros.

El bautismo del Espíritu Santo tiene por uno de sus muchos propósitos, establecer una amistad estrecha entre el creyente y Cristo, un compañerismo íntimo con el Padre Celestial que le ayuda a hallarse y acomodarse en el plan divino para su vida. Le prepara para rendir cualquier servicio o hacer cualquier sacrificio que le toca. Son tan necesitados de esta bendición la ocupada ama de casa, la atormentada madre, el minero, el obrero en la fábrica, el campesino en la finca, el marinero en el buque, el maquinista en el ferrocarril, el oficinista en el escritorio, el comerciante en el almacén, el lustrador de zapatos, el Primer Ministro del Estado, el Rey y el presidente, el muchacho y la muchacha de la escuela, como lo son el pastor de la iglesia, el misionero en su campo, el evangelista en su campaña, o el obispo que dirige la obra del Señor. Solamente así llevarán vidas intachables que glorificarán a Dios y cumplirán su deber con el ánimo y con un espíritu que le complace a Dios.

Nosotros, todos y cada uno, necesitamos la bendición Pentecostal no solamente para poder servir, sino para poder vivir santa y dignamente. Ella es indispensable para lograr la perfección y madurez del carácter que con frecuencia ejercen influencias más efectivas que la industriosa actividad que nosotros llamamos servicio. Un hombre de negocios, con corazón duro para las cosas de Dios, miraba a

una pobre viuda con sus pequeños huérfanos ir a la casa de Dios domingo a domingo. Este cuadro de fidelidad y perseverancia cristiana al fin lo convenció de su pecado y negligencia. Lo llevó a un arrepentimiento sincero y a una fe verdadera en el Salvador. La perseverancia de la viuda en hacer el bien era un fruto del Espíritu y era más efectivo que cualquier palabra que ella pudiera haber hablado.

Un abogado se acercó al pastor de su esposa y pidió que le recibiese como miembro de su iglesia. El pastor se puso contento, porque él había predicado muchos sermones en su intento de alcanzar a este hombre. Con algo de vergüenza se atrevió a preguntarle al abogado cuál de sus sermones le había traído a Cristo. “Pues, Pastor”, contestó el abogado, “la verdad es que no fue uno de sus sermones. Hace unos pocos domingos, al salir de la iglesia, vi a la ancianita negrita, la Tía Lisa, con paso inseguro, procurar bajarse por las gradas resbalosas cubierta de hielo. La tomé del brazo y la ayudé. Entonces ella me volteó su negrita cara radiante, me miró y me preguntó ‘¿Ama usted a mi Jesús?’ Aquella pregunta me partió el corazón. Vi que a pesar de su gran pobreza y reumatismo, ella disfrutaba de una paz, un amor y un gozo desbordante; y eso me convenció de mi pecado y me llevó a Cristo.”

Los frutos del Espíritu, manifiestos en la vida, y las palabras cariñosas benignas, espontáneas, a menudo obran más silenciosa, profunda y eficazmente que nuestra predicación; y solamente la bendición Pentecostal puede producir y llevar a su perfección este fruto en nuestras vidas.

Hace muchos años yo estaba presidiendo unas conferencias en una pequeña ciudad de la lejana Minnesota, precisamente cuando se reunía la Asamblea Anual de la Iglesia Metodista en el mismo lugar. El pueblo estaba lleno de predicadores Metodistas, y muchos de ellos asistían a las reuniones al aire libre de nuestro Ejército de Salvación. Un número de ellos frecuentaba también nuestra sala de reuniones. Me convidaron para su “ágape” o culto de testimonios a las nueve de la mañana del domingo inmediatamente antes del gran sermón del Obispo. Me suplicaron que diera mi testimonio, lo cual hice. Después de haber hablado un buen rato, ya me iba a sentar, pero me instaban a seguir. Así yo continué. Precisamente, en ese momento el anciano, anfitrión de la Asamblea, entró. Y al verme en el púlpito, me reprendió y me mandó a sentarme. Los predicadores protestaron. Mi paz fluía como un río. Le aseguré que terminaría en un momento, y me daba prisa porque tenía que salir para mi culto de Santidad.

Algunos de los predicadores dijeron: “No hemos creído en la Bendición, pero ese salvacionista la tiene, porque de lo contrario, en lugar de sonreír y quedar tan calmado y lleno de paz, él se hubiera ofendido por el actuar de nuestro anciano.” Dejaron al obispo y llegaron a nuestro saloncito. En el culto de Santidad, se arrodillaron al altar para buscar aquella Bendición. Uno de ellos recibió el glorioso bautismo del fuego que humilla, fortalece y santifica. Llegó a ser un testigo de la Bendición y un evangelista ardiente en toda esa región.

No era mi predicación solamente sino, más que todo, el fruto del Espíritu que le ganó; y este fruto no era de mí. Era sobrenatural. No soy por naturaleza calmado y tranquilo. Muy al contrario. Mi corazón orgulloso había sido humillado para recibir al Consolador y Él, benignamente y en amor, vino a mí. Fue Él en mi corazón quien me mantuvo tranquilo y calmado. ¡A Él sea la gloria! “Mucha paz tienen los que aman tu ley, [en quienes el Consolador mora] y no hay para ellos tropiezo” (Salmo 119:165) ¡No hay para ellos tropiezo! Es con el fin de limpiar y fortalecer al alma y producir este fruto celestial aun en el clima malsano de la tierra, que nos es dada esa Bendición Pentecostal. “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22); y el Cristiano en quien se

encuentra ese fruto lleno, rico y maduro “ha recibido su Pentecostés.” A pesar de flaquezas, debilidades o limitaciones humanas, está reproduciendo la vida de Jesús en la tierra; y de él fluyen, casi inconscientemente, influencias y poderes que son como “ríos de agua viva” (Juan 7:38) en tierras desiertas. En él, Cristo es magnificado (Filipenses 1:20) y el Padre es glorificado (Juan 15:8).

Ahora, la pregunta importante del discurso es: “¿Habéis recibido el Espíritu Santo después que creísteis?” (Hechos 19:2).

EL TESTIMONIO PERSONAL DEL AUTOR, SAMUEL L. BRENGLE D. D.

El 9 de enero de 1885, a eso de las nueve de la mañana, Dios santificó mi alma. En ese momento estaba en mi habitación, pero minutos después salí a la calle y me encontré con un hombre a quien le dije lo que Dios había hecho conmigo. A la mañana siguiente me encontré con otro amigo en la calle y le hice la bendita relación. Este dio una exclamación de gozo y alabó a Dios, y al mismo tiempo me instó a que predicara la plena salvación y a que la anunciara en todas partes. Dios empleó a ese amigo para que me sirviera de estímulo y ayuda de modo que, al día siguiente, prediqué sobre el tema con tanta claridad y fuerza como me fue posible y terminé mi mensaje con mi testimonio.

Dios hizo que mis palabras fuesen de bendición a los que me oyeron, pero fui yo quien recibió la mayor bendición. Esa confesión sirvió para afirmar mi decisión de seguir adelante.

Dos días después, al levantarme, leía algunas de las palabras de Jesús. Entonces Él me dio tal bendición de la cual yo jamás había ni soñado que fuese posible a un hombre recibir antes de llegar al cielo. Fue un cielo de amor el que descendió a mi corazón. Antes de desayunar salí a dar una vuelta por uno de los parques de Boston, y tal era el gozo que embargaba mi alma que no pude contener las lágrimas mientras alababa a Dios. ¡Oh, cuánto le amé! Aquella hora conocí a Jesús, y le amé hasta que me pareció que mi corazón iba a partirse henchido de amor. Amé a los gorriones, a los perros, a los caballos, a los chiquillos vagabundos que veía por las calles; amé a las personas desconocidas que pasaban presurosas a mi lado, amé a los paganos; amé a todo el mundo.

¿Queréis saber qué es la santidad? Es amor puro. ¿Queréis saber qué es el bautismo del Espíritu Santo? No es únicamente un mero sentimiento; no es una feliz sensación que desaparece en una noche. Es un bautismo de amor que cautiva todos los pensamientos y los sujeta al Señor Jesucristo (II Cor. 10:5); que echa fuera todo temor (I Juan 4:18).